

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



TODA UNA VIDA JUNTOS

Todos se preguntaban qué sería de Don Zoilo. Toda una vida juntos, la Roberta era una mocita de trenzas cuando se pusieron de novios. Según dicen era atractiva, pero de carácter. Y ahorrativa, de las que no comen huevo para no tirar la cáscara. Los años pasaron, sus caderas se ensancharon y sus defectos se acentuaron. Moneda que Don Zoilo traía indefectiblemente era atrapada por su mujer. El pobre Zoilo nunca tenía un peso para la grappa ni para la timba y eso lo marginaba de los escasos momentos de vida social del pueblo.

Frente al cajón, Don Zoilo miraba a la difunta sin expresar sentimiento alguno. Las viejas urracas se le acercaban cada tanto con alguna frase apropiada como "no somos nada" o "parece dormida". El viudo sólo contenía la respiración y los colores se le subían a las mejillas. En realidad la miraba con regocijo, nunca más se despertaría. Hubiera querido gritar. La miraba y pensaba qué haría con su ropa, seguramente quemaría esos viejos trapos junto con las sábanas, los manteles, todo lo que pudiera recordarle a esa vieja arpía.

La noche avanzaba y Don Zoilo se quedó solo. Él y el cajón. Vigilando que la mañana llegara pronto y se hiciera el entierro. El fin estaba cerca. Muy cerca. A las tres de la mañana los párpados se le cerraban del cansancio. Se tomó una ginebra. Se sintió mejor y tomó otra. Se sentó frente a la vieja y le pareció que había movido un ojo. Se puso de pie y la miró con atención. Y si, volvió a mover el ojo izquierdo.

-¡Malhaya! Esta vieja debe haber hecho un pacto con Mandinga - dijo Don Zoilo.

Y ahí nomás se presentó un hombre de galera y levita negra. Hay nombres que nunca deben pronunciarse.

-Usted dirá - dijo Mandinga.

-Esta vieja es de los suyos, ya se había muerto. ¡Llévesela!!

-Se resiste. Hay de todo.

-Ya le pagué al sepulturero. Si usted no termina esto lo liquido yo.

-¡No me haga perder el tiempo! -y diciendo esto se esfumó en el aire.

La vieja ya movía los dos ojos. Don Zoilo empinó otra ginebra para tomar coraje. Y le pareció ver que también movía una mano. Entonces se desesperó y le tiró uno de los velones sobre el vestido. La Roberta se despertó del todo y empezó a gritar y lo único que se ocurrió al pobre viejo fue ponerle la tapa al cajón, pero la Roberta pataleaba, así que Don Zoilo se tiró arriba de la tapa, volcando todo su peso sobre el ataúd. Así estuvieron un largo rato hasta que ya no se escucharon gritos ni ruidos.

Pero con todo lo que Don Zoilo había chupado, se quedó dormido sobre el cajón.

A la mañana, el sepulturero se encontró con el viejo desparramado sobre el ataúd.

-¡Don Zoilo!! ¿qué le pasó? ¿anduvo chupando usted?

El pobre viejo, abombado y confundido, trató de recordar lo que había hecho.

-Vea, usted no me va a creer. Pero el mismo Mandinga vino anoche y se la quería llevar. Fue una batalla campal. Pero aquí está la viejita. Yo mesmo la salvé -dijo Don Zoilo con su mejor cara.

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



Cuando el sepulturero levantó la tapa lanzó un grito al encontrar el cuerpo carbonizado de la Roberta.

- ¡Pobre mujer! ¿cómo pasó esto?

- Ya le dije, Mandinga estuvo aquí, se la quería llevar al infierno.

- Esto nunca había pasado en el pueblo. Yo no puedo cerrar el cajón así. Hay que llamar al cura. Usté vigile que no aparezca de nuevo. ¿Sabe rezar Don Zoilo?

A la media hora estaba ahí El padre Florentino. Había traído el sahumador, elemento indispensable para hacer desaparecer la presencia de espíritus maléficos. Y pronunciando rezos indescifrables en voz muy baja hizo girar el sahumador sobre la Roberta. El humo salía cada vez más denso, más denso, que Don Zoilo se desmayó. Cuando despertó estaba acostado sobre la tapa del cajón, sólo veía la habitación llena de humo y escuchaba la extraña plegaria del cura, la cabeza le estallaba de la resaca de ginebra. Todo se conjugó para que el pobre viejo creyera que era él el muerto, que estaba en el infierno y empezó a gritar ¡Yo la maté!!! ¡No quiero ir al infierno!! ¡Yo la maté!!

-Pobre Don Zoilo, vaya a saber qué pasó aquí anoche. Debe haberse vuelto loco - le dijo el sepulturero al cura - toda una vida juntos. Vamos padre, ayúdeme a cerrar este cajón.

-Carmen Castellán-

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC